

## Los amigos del César

(De *La Voz*, Madrid.)

CON la lealtad de los amigos del César ocurre algo muy distinto que con la honestidad de su mujer: es mejor que exista sin parecerlo. En la vida de los hombres públicos hay dramáticas paradojas: pueden hacer de Mecenas o de simples protectores de la invalidez y la indolencia, ser dadivosos con propios y extraños de su personal hacienda o de la confiada a su gobierno por los pueblos; pero si, inversamente, son ellos objeto de mecanismo o de cualquier favor privado, por legítimo que sea, pronto se hará sospecho de prevaricación o simonía civil. Todo hombre público sabe que tiene enemigos, y vive en guardia; pero con frecuencia son más peligrosos para su reputación sus amigos y entusiastas, y no lo advierte hasta que ya no hay remedio. De estos pequeños dramas está llena la historia de todos los tiempos, y de ellos han sido víctimas hombres eminentes y otros que, en verdad, no tenían mucho que perder. Los primeros conmueven, como nos está conmoviendo la pesadumbre que, por causa de una amistad entrometida en exceso, y por una fortuita coincidencia, sufre estos días un hombre tan austero y tan necesario en los consejos de las naciones como Ramsay Macdonald.

Comprendemos su náusea cuando ha dicho: «Me enferma el corazón tener que hablar de esto», al explicar el origen de las 30.000 libras esterlinas en acciones de una fábrica que aparecen a su nombre, y cuya noticia ha volado por la Prensa del mundo entero, con esta delectación difamatoria con que se difunde cualquier escándalo, aunque sea aparente o inventado, en que va envuelto el nombre de algún político de la izquierda. ¡Qué no se ha dicho de las supuestas rapiñas de los actuales gobernantes rusos! Y casi todo falso. Ahora le ha tocado el turno a Ramsay Macdonald, y sobre él han caído los cuervos de la maledicencia internacional. ¡Ahí es nada, 30.000 libras, 150 00 duros a la par! Buena coyuntura para sacar túrdigas al pellejo del primer gran gobernante socialista que tiene en sus manos el timón de la primera potencia europea. Le levantaron las urnas al plinto del Poder; no pudiendo abatirle en nombre de un orden histórico anárquico y caduco, ahora quieren roer su pedestal privado con los colmillos de la insidia. Pero él mismo ha explicado noble y caballamente el suceso, y es justo divulgar sus palabras.

Alejandro Grant era un viejo amigo de Ramsay Macdonald. Casi desde la infancia unían a ambos hombres lazos de sentimiento. Los dos son escoceses. Los dos nacidos en dos pueblecitos próximos, los dos salidos de la nada. El padre de Grant y un tío de Macdonald fueron amigos y compañeros de trabajo manual, como guardas, en un ferrocarril de Escocia. Grant siguió otra trayectoria política que Ramsay Macdonald. Pudo romper la argolla del salario que ataba a su padre, y que al nacer traía potencialmente al cuello. Fué un industrial de éxito, y con la fortuna adoptó una actitud política antisocialista. Pero eso no le impidió —no es infrecuente el caso— admirar las cualidades de talento y carácter de Macdonald, su elevación de la obscuridad a la luz y el prestigio, y cuando fué llamado a presidir los consejos de la corona británica, «el hombre más orgulloso y feliz de Escocia fué sir Alejandro», ha dicho el propio Macdonald.

El triunfo de aquel *self-made man*, de aquel hombre que se había hecho a sí mismo, pesaba en su admirativa amistad, mantenida y madurada en el curso de muchos años de frecuente convivencia en el común rincón escocés, más que la discrepancia política. El culto del hombre de mérito, del héroe en cualquiera de sus formas, independientemente de su particular ideología, es un sentimiento muy arraigado en la raza británica. Lo que allí se llama el carácter, el hombre en su totalidad, singularmente en sus normas de conducta, prevalece en la estimación pública sobre sus ideas, sobre su vida intelectual, que se relega a muy segundo rango. Hace poco murió Massingham, un periodista radical de indómita violencia y de ejemplar rectitud; pues toda la Prensa inglesa, incluso la más conservadora, fué unánime en enaltecerle

como escritor público. Admirable ponderación y espíritu de justicia, que reconoce lo que hay de grande y universalmente humano hasta en los adversarios.

Este sentimiento indujo a Alejandro Grant a querer patentizárselo de un modo concreto y tangible a su antiguo amigo Macdonald. ¿Cómo? Le ofreció un automóvil y medios de sostenerlo, que no estaba bien, a su juicio, que quien había llegado a la cima de la democracia inglesa hubiese de andar luego, cuando sonase la hora de abandonarla, en tranvías, ómnibus y «metros», como cualquier hombre de la calle. Los cargos públicos, en su opinión, imponen cierta compostura social hasta cuando se han dejado. Con esto no sólo quería honrar al amigo, sino velar por la dignidad de la más alta función del Estado después de la Corona. Resistióse Macdonald. «No me concebía —dice— como propietario de un automóvil. Iba contra la sencillez de mis hábitos.» Exquisitas palabras que no comprenderá tanto advenedizo político. Por fin cedió, no sabemos si persuadido por las razones de su amigo o por el temor de ofender su desinteresada generosidad. Concertaron el trato. Los intereses de 30.000 libras en acciones de una fábrica de Grant servirían a Macdonald para sostener un automóvil, y a su muerte, o antes si prescindía del vehículo, ese dinero volvería a Alejandro Grant o a sus herederos.

Hasta aquí nada hay vituperable. Pero cuatro meses después de ese convenio de amistad el Rey de Inglaterra concedió el título de barón a Alejandro Grant, desde entonces sir Alejandro. Aquí empiezan las insidias de la suspicacia, fundándose, sin duda, en lamentables precedentes de la política inglesa. Los dos partidos, el liberal como el conservador, venían utilizando esos títulos que el Monarca otorga anualmente a los hombres que se supone más conspicuos del país para renovar las enormes reservas de numerario que siempre había en sus cajas con destino a las elecciones y a otros gastos constantes de propaganda. Se hacía barón a un hombre de letras o de ciencia; pero también, a la vez, a tal o cual hombre de negocios, que, a cambio de esta distinción honorífica, contribuía con largueza a los fondos secretos del partido que a la sazón ocupaba el Poder. La costumbre era por demás viciosa y fué causa de fuertes protestas y escándalos en varias ocasiones. Hilaire Belloc escribió y habló larga y rudamente contra estas formas de simonía política, que envilecía por igual a los ennoblecidos y a los ennoblecidos. Ahora, por lo visto, se ha querido aplicar un antecedente ominoso a un caso sin malicia, en que se ha complicado la generosidad de un amigo con la vanidad de un fabricante y la inocencia de un hombre de gobierno.

Con razón dice Macdonald que el honor conferido por el Rey a su amigo tiene con su acto de amistad con él tanta relación como el hombre de la luna. Pero es de temer que no convenza a sus adversarios, que son muchos y desean destruir por todos los medios la fuerza que ahora gobierna en Inglaterra, personificada en él más que en otro hombre, porque no querrán convencerse, sino aprovechar este incidente para enturbiar su pureza. Sin embargo, la lección puede ser provechosa y la moraleja salta a la vista: ¡César, cuidado con tus amigos! Una amistad poco discreta, sobre todo cuando coincide con ambiciones de vanagloria social, aunque esté libre de otros intereses más bastardos, como es también frecuente en los que miman y agasajan a los políticos, puede ser más funesta para un hombre público que la hostilidad total de todos sus enemigos. ¡Amigos del político, no abuséis de vuestras obsequiosidades, no sea que por querer ayudarle labréis su ruina! Lo dicho: la verdadera amistad con el hombre público debe serlo y no parecerlo.

LUIS ARAQUISTAIN

